DIARIO DE UN VIAJE A MADAGASCAR

El origen de este viaje tengo que situarlo en el año 2009 en el que Koldo, en representación de DHEFI solicita a nuestra asociación Arquitectos sin fronteras de Castilla y León, ASFCYL, apoyo técnico para la redacción del proyecto de construcción de 10 viviendas, zonas comunes y una escuela destinadas a madres solteras en la diócesis de Tsiroanomandidy, Madagascar, atendiendo a la solicitud de apoyo y cooperación del obispo D. Gustavo Bombín Espino, vallisoletano natural de Llorente de Campos, pequeña localidad próxima a Peñafiel, con el que la asociación mantiene vínculos de amistad además de los de cooperación.

Tanto Koldo como Marta, su mujer, junto con otros miembros de DHEFI habían recaudado a lo largo del año 2009 de instituciones y de particulares, incluso con la celebración de un mercadillo solidario, fondos para la ejecución del Proyecto destinado a dar cobijo y formación a madres solteras con edad inferior a 20 años durante un período estimado de tres años.

Durante el mismo, se pretende de una parte, atender a la necesidad de vivienda de un colectivo desafortunadamente muy frecuente en Madagascar, donde las mujeres son madres a edades muy tempranas sin que ello lleve aparejado el matrimonio. De otra, dar continuidad a la formación abandonada, prácticamente siempre, tras la maternidad.

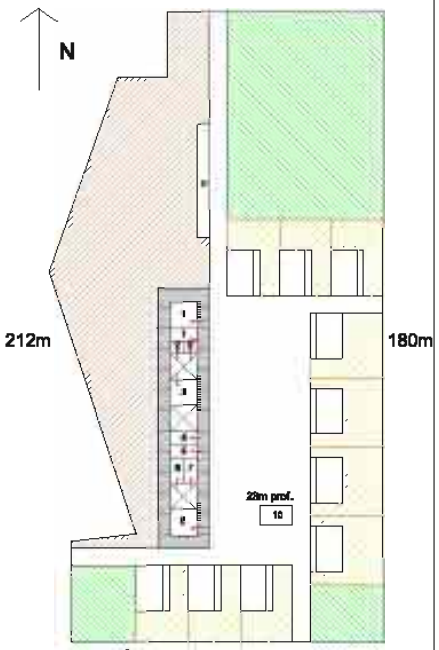
La formación en estos casos tiene una cierta complejidad y una finalidad eminentemente práctica. Además de completar la académica básica y preparar para el ejercicio de una maternidad más responsable en los aspectos de la salud, higiene y nutrición, se impartirá una formación específica en temas relacionados con el ámbito turístico.

Ello obedece a la intención de poder dotar a estas jóvenes de una formación integral mediante las herramientas que puedan garantizarles un futuro empleo en el aún incipiente, pero en claro desarrollo, sector turístico de Madagascar. Sector, con amplias posibilidades de proyección internacional por la variedad, cantidad y calidad de sus espacios naturales, prácticamente vírgenes.

Durante el curso académico 2009-2010 y en el marco de la asignatura cuatrimestral "Promociones inmobiliarias y producción de viviendas" impartida por el catedrático D. José Luis Sainz Guerra con quién colabora desde hace unos años ASFCYL, se propuso al grupo de alumnos la posibilidad de redactar el Proyecto que DHEFI nos había solicitado. La redacción de cualquier Proyecto desde la óptica de ASFCYL exige el estudio previo de las características del país y la región en concreto, con especial hincapié en las condiciones medioambientales, los recursos naturales y las prácticas constructivas habituales. Siempre con el objetivo de lograr su sostenibilidad en el tiempo desde la sencillez de su ejecución y mantenimiento, que implique a la población local.

El pasado mes de marzo se entregaron por los alumnos varias propuestas que ASFCYL puso a disposición de DHEFI, a través de Koldo, para que se hiciera la selección que se considerara más idónea en función de las necesidades previstas y los recursos económicos disponibles del proyecto.

ESQUEMA DE CONJUNTO

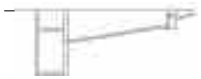


PLANTA DE SITUACIÓN
1:500

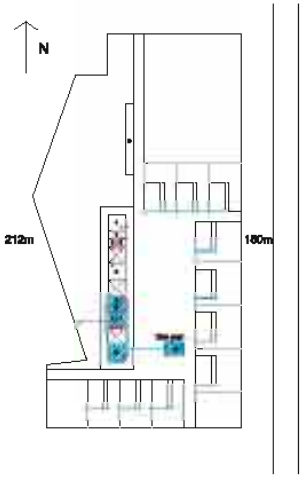
LEYENDA:

1.- Aula
2.- Despacho
3.- Guardería
4.- Duchas
5.- Baños
6.- Lavado ropa
7.- Lavado cocina
8.- Cocina
9.- Almacen
10.- Pozo
— Accesos
Patios
Zona de cultivo colectivo
Zona de plantación arbórea
Zona de cultivo individual

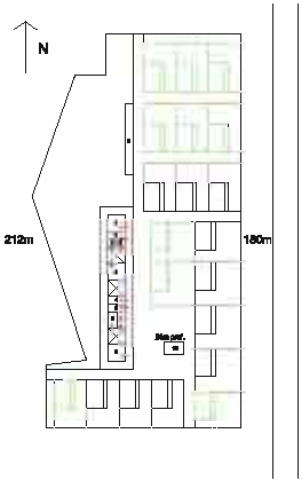
Todas las aguas sucias se recogen en un pozo del cual sale una canalización hacia la fosa séptica situada a una distancia del edificio para evitar los malos olores



ZONAS DE AGUA Y SANEAMIENTO

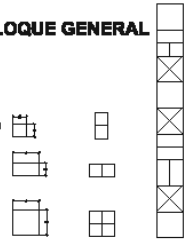


POSIBILIDAD DE FUTURA EXPANSIÓN

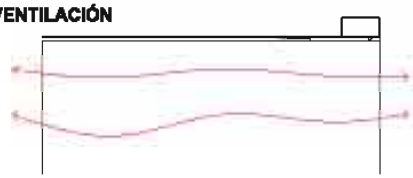


MODULACIÓN DEL BLOQUE GENERAL

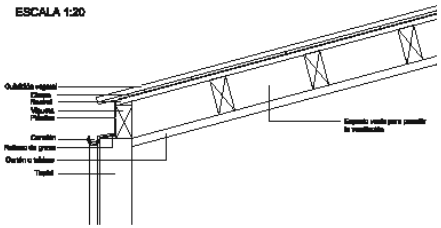
- Facilidad y rapidez de construcción
- Posibilidad de variación de tamaños de forma simple
- Combinación de formas en función de las necesidades
- Variación en la colocación
- Posibilidad de supresión de un bloque sin modificar el conjunto



DETALLE DE CUBIERTA. ESQUEMA DE VENTILACIÓN

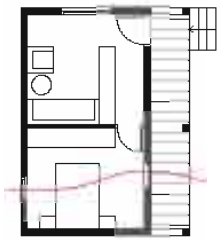


ESCALA 1:20

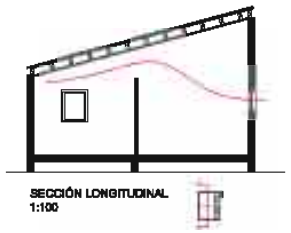


Para la cubrición de la vivienda se utilizan viguetas de madera apoyadas sobre un tablero de cartón que conforma la imagen en el interior de la casa. Sobre las viguetas van los rastreles sobre los que clavar la chapa metálica encargada de impermeabilizar el conjunto. Para evitar el sobre calentamiento de dicha chapa, la cubierta se cubre con ramas de árboles o plantas que haya por el lugar. Las viguetas y rastreles pueden ser ramas o trozos de madera.

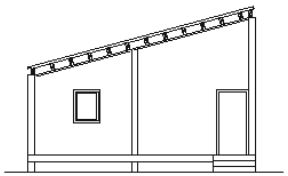
VIVIENDA TIPO



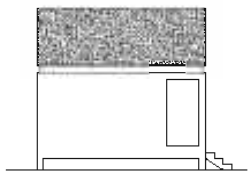
PLANTA
1:100



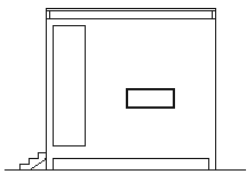
SECCIÓN LONGITUDINAL
1:100



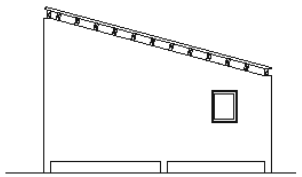
ALZADO ESTE
1:100



ALZADO SUR
1:100



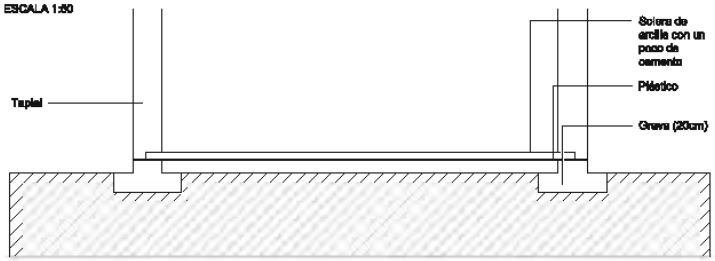
ALZADO NORTE
1:100



ALZADO OESTE
1:100

DETALLE SUELO

ESCALA 1:50



Para la construcción del tapial se realizará una excavación previa donde se colocarán unos 20cm de grava. Encima se colocará el encofrado de tablas para la conformación del tapial. Los primeros centímetros del muro estarán formados por la grava para evitar el ascenso de la humedad. A continuación se introduce el relleno en el encofrado para conformar el muro. Este proceso se repetirá hasta alcanzar la altura deseada.

REFERENCIAS

Módulos autosuficientes. Proyecto de Club Náutico de Aldeia de Meio en Abrantes(Portugal)
Carmelá & Fernandes (2003)

Construcción de una escuela. Población de Chiguvilane (Mozambique)
2000-2005

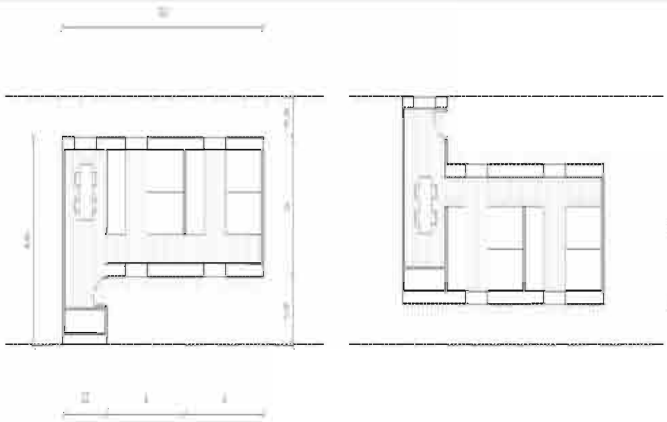
VIVIENDAS PARA MADRES SOLTERAS EN MADAGASCAR

ELENA MARTÍNEZ ESPEJA
GLADYS PÉREZ MORAIS

CURSO 2009/2010

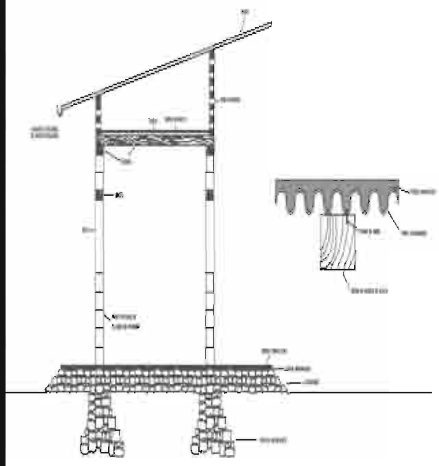
PROYECTO EN MADAGASCAR PARA UNA COMUNIDAD DE MUJERES, CON GUARDERIA Y SERVICIOS DE MANTENIMIENTO E HIGIENE. EL OBJETIVO DEL SISTEMA CONSTRUCTIVO ES PLANTEAR ALGO FACIL DE CONSTRUIR Y CON MATERIALES DE LA ZONA PARA ABARATAR EL COSTE. CONSTARA PRINCIPALMENTE DE HORMIGON PREFABRICADO, CHAPA Y MADERA DE ACACIA.

PLANTAS TIPO DE VIVIENDAS.



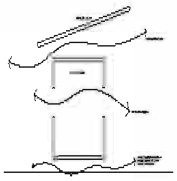
ALZADO TIPO DE VIVIENDAS.

SECCION CONSTRUCTIVA.

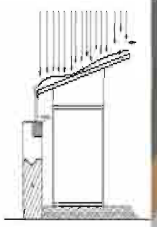


DETALLE DE FORJADO.

VENTILACION Y CAPILARIDAD.



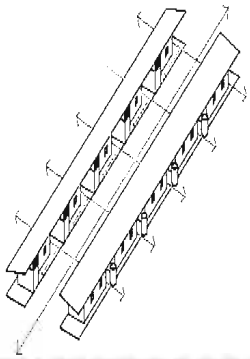
RECOGIDA DE AGUA.



VISTA GENERAL DEL CONJUNTO.

PLANTA GENERAL DEL CONJUNTO.

ESQUEMA DE RECORRIDOS.



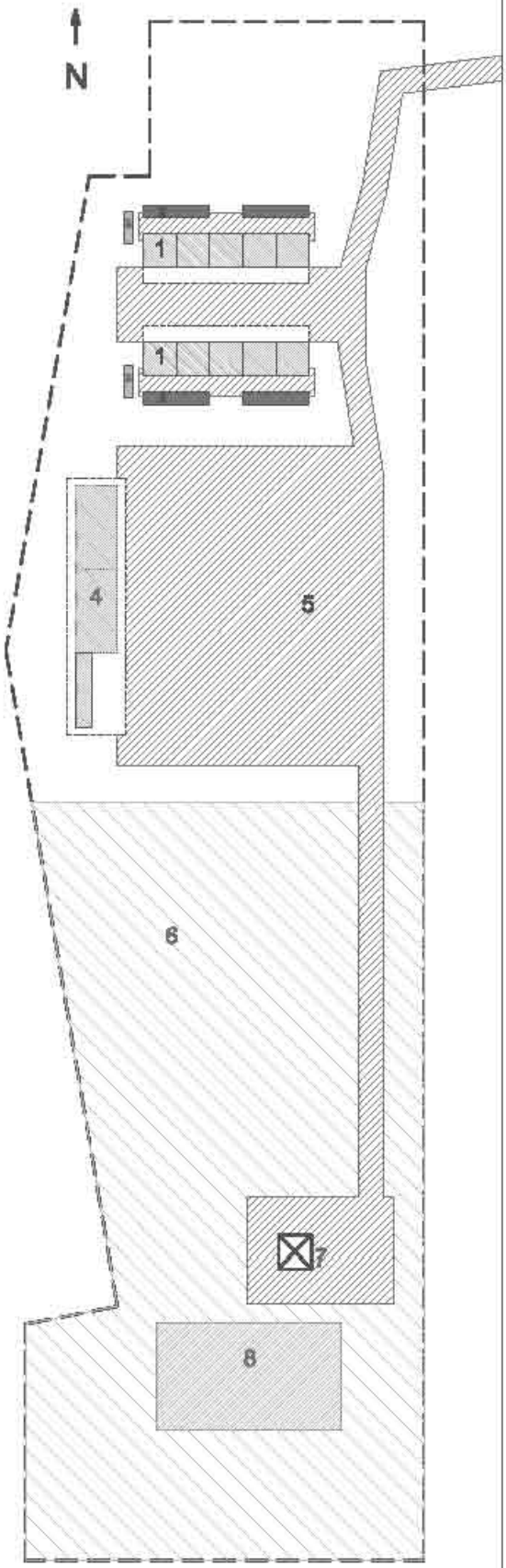
10 VIVIENDAS PARA MADRES SOLTERAS EN MADAGASCAR

ANA CLIMENT DOMINGUEZ / DAVID RAMOS RAMOS / SARA MARTIN MONTERO

ARQUITECTOS SIN FRONTERAS/17-FEBRERO-2010

LEYENDA:

1. viviendas.
2. zona de servicios asociada a las viviendas.
3. depósitos de recogida de agua de lluvia.
4. zonas comunes.
5. patio asociado a las zonas comunes.
6. zona de cultivos.
7. pozo.
8. edificación preexistente.
9. carretera.



PLANTA DE SITUACIÓN

ESCALA: 1:500

Ya en el mes de mayo, se nos planteó por parte de Koldo la necesidad de supervisar el Proyecto sobre el terreno con una fecha probable de partida en el mes de julio que finalmente se ha materializado en el mes de septiembre, todavía en temporada seca, factor determinante para lograr la máxima rentabilidad del viaje.

Tengo que decir que la idea de ir a África ya estaba en mi corazón desde hacía tiempo y por ello no dudé en presentarme voluntaria para ir a Madagascar, aunque algunos problemas de salud exigían una puesta a punto antes de partir a un país, que aunque llena la imaginación de romántica lejanía y exotismo, lo cierto es que no tiene prácticamente ninguna cobertura sanitaria y apenas infraestructuras de comunicación.

Pocos días antes de nuestra partida nos llegó la noticia, a través del obispo, de la muerte de una monja y la grave situación de otra en un accidente de coche en la diócesis. También el largo tiempo transcurrido hasta que fueron auxiliadas y trasladadas a un hospital y lo costoso del tratamiento médico, por supuesto en un centro privado. Casi 1.000 euros, nada más y nada menos que 2.500.000 ariaris, una auténtica fortuna si pensamos que un magnífico salario son 125.000 ariaris mensuales, unos 50 euros.

Tampoco la información sobre la situación política era muy tranquilizadora, el presidente en el poder había derrocado por el artículo treinta y tres al anterior, en un golpe de estado con varios cientos de víctimas. Parte de la población no estaba nada contenta y la comunidad internacional, en su mayor parte, no le reconocía como representante legítimo del país.

Por un momento, se apoderó de mí la duda de si no sería una inconsciente al asumir estas incertidumbres y riesgos o por el contrario debía considerar, como he hecho en otras ocasiones, que la vida es un deporte de riesgo que se practica aquí y ahora. Tras pasar por chapa y pintura y comprobada la vigencia de mi pasaporte, le dí el OK a Koldo para la compra de mi billete a Air France rumbo a Madagascar con escala, eso sí, en la antigua madre patria, París de la Francia.

Con buen ánimo, unos compañeros de viaje que, a excepción de Koldo, apenas había visto 20 minutos, las vacunas pertinentes y una buena dosis de Adiro 300, me consideré totalmente capacitada para un viaje de más de 14 horas con sus propinas correspondientes en facturaciones, esperas, enlaces y de más mandangas, que más de una vez te hacen jurar que no volverás a volar.

Aunque había recopilado datos en internet sobre Madagascar, la locura de preparativos de los últimos días y los líos del trabajo que quería dejar a punto, hicieron que el día 1 de septiembre, ya en Barajas, me reconociera totalmente analfabeta sobre el país en el que iba a discurrir mi vida en los próximos 13 días.

Yo fui la última en incorporarme al tour en Panorama, a las 12 de la noche y sin siesta, después de innumerables comprobaciones en mi báscula de baño del peso de mi equipaje y sus medidas. Llegamos a la T2 de Barajas casi a las 3 de la mañana después de un pequeño periplo por los alrededores de la Navata donde recogimos a la persona que devolvería la furgoneta de alquiler tras nuestra partida, ya que “Alfa” que nos había recogido en Valladolid viajaba también ese día a Marruecos.

En el aeropuerto, ajeno al día y a la noche, había actividad. Llamaba la atención la alfombra de gente que ocupaba prácticamente cualquier espacio en el suelo a la espera de que funcionara la facturación de vuelos a todos sitios, en aquellas horas infames. En nuestro mostrador ya había cola aunque la facturación no comenzaba hasta las cinco.
Koldo había conseguido, como ONG, aumentar el peso del equipaje sin coste en 40 Kg por persona, o sea 280 Kg. que unos días después ocuparían una de las dependencias del obispado en Tsiroanomandidy a la espera de ser distribuidas entre diversas comunidades religiosas y centros dependientes de aquellas con una variedad realmente sorprendente.

Desde medicinas, gorras, camisetas, chalecos, lápices de colores, comida, golosinas para los niños hasta cortinas de ducha o portarrollos de papel higiénico. Marta y Koldo, conocedores de la situación del país tras su visita dos años antes, se habían encargado de la preparación de aquel equipaje vario y pinto que tanto juego dio en nuestra estancia y que fue objeto de más de una broma cuando en varias ocasiones se convirtió en improvisada chistera de la que salía lo necesario en cada momento.

A pesar de lo voluminoso del equipaje y de las recomendaciones de Koldo en cada correo para no superar el peso permitido a cada pasajero, y reservar el suplemento para las donaciones, el primer incidente digno de mención se produjo en el propio aeropuerto de Barajas. Mientras esperábamos a que funcionara la facturación, una de mis compañeras de viaje, que ya nos había comentado que se temía sobrepeso en su equipaje, decidió comprobarlo en la báscula.

Confirmadas sus sospechas, que con el tiempo he sabido certezas, comenzó una actividad frenética de ajuste de equipaje, distribuyendo parte de sus numerosísimas pertenencias en las maletas, menos abultadas, de los que habíamos respetado las indicaciones de Koldo.

Este asunto que de momento no supuso más que un espectáculo bastante chusco en el aeropuerto, sería más tarde causa de malestar, al comprobar día tras día que aquel sobrepeso que creíamos altruista se había dedicado a un vestuario digno de unas vacaciones en toda regla, en cualquier playa de moda.

Cansada por la espera, tras un largo día de preparativos, y ante la perspectiva de un viaje agotador con gente casi desconocida, la presencia de mi hija en el aeropuerto hasta nuestro embarque fue como un bálsamo y me dio la energía necesaria para empezar con buen pié. Lamentablemente las fechas de sus exámenes le habían impedido viajar conmigo a Madagascar, pero confiábamos ambas en poderlo hacer en un futuro no muy lejano.

El segundo incidente tuvo la misma protagonista. Mientras tomábamos café antes de embarcar, y al momento de hacer entrega a Koldo de la cantidad pactada en 350 euros para nuestra manutención y gastos comunes durante la estancia, nos hizo una confesión sorprendente. En aras a la seguridad de su dinero lo había distribuido "convenientemente" entre todos sus bultos. En concreto, la cantidad mayor la había facturado en el equipaje y se hacía necesario sacar dinero del cajero automático.

¡Al fin en el avión¡ Esperaba poder dormir algo pero aterrizamos en Charles de Gaulle sin haber pegado ojo. Lo justo para una carrera al sprint por el aeropuerto para llegar a la macrocola de embarque para Madagascar. El avión gigantesco, calculo que para más de más de 400 personas en filas de 10, y bastante cómodo.

La vigilia de las horas de espera y apenas unas cabezadas en once horas de vuelo me producen un señor dolor de cabeza y las piernas dobladas, ¡Dios sabe como¡ se me han convertido en corcho. He perdido la noción del tiempo cuando se despliega el tren de aterrizaje, casi veinticuatro horas después de la salida de mi casa. Ya es de noche y corre un ligero viento. Entramos en el aeropuerto, pequeño para la multitud que acaba de aterrizar, y nos situamos en una de las colas de control que avanzan con una lentitud exasperante.

Al parecer no tendremos que abonar derechos de visado porque nuestra estancia será inferior a treinta días. No obstante conservamos a mano los billetes de cinco euros con los que, según Koldo, podremos lograr de los controladores una conveniente ceguera sobre nuestro equipaje. Bultos que, entre otras cosas, contienen 7 Kg de embutido, en su mayoría ibérico, que harán más llevadera la lejanía de la patria.

Cuando, a punto de romperse nuestros nervios, creíamos poder ya abandonar el aeropuerto nos piden que abramos una de las maletas. El batiburrillo de cosas, la amenaza de rotura de la cremallera y la mención de la palabra ONG obran el milagro de que podamos pasar sin control el resto de bultos.

Fuera, nos espera Gustavo con su todo terreno blanco y otro vehículo con conductor que nos llevarán a la sede del obispado en Antananarivo "Tana" para los malgaches, tan amantes de nombres "extralargos" que luego convierten casi en monosílabos en lo cotidiano. El trayecto desde el aeropuerto, aunque de noche, deja entrever una ciudad caótica y desangelada con la imagen dominante del palacio de la reina Ranavalona, de crueldad legendaria, que sobre una colina es el único edificio con iluminación monumental. Tras media hora de trayecto, cruzamos una anónima valla metálica que da paso a la sede del obispado.

En el recinto, la catedral, la residencia y lo que parece un taller mecánico y aparcamiento. Cogemos nuestro equipaje de mano y con las pocas fuerzas que aún conservamos, nos distribuimos por las habitaciones designadas. Tras la fumigación antimosquitos, norma de ahora en adelante, intentaremos dormir las escasas cinco horas de las que disponemos antes de emprender viaje por carretera hacia Tsiroanomandidy o Tsidy.

Llegados a este punto considero fundamental dar algunos datos básicos sobre el país para a continuación dar mi impresión sobre la región o diócesis donde hemos desempeñado nuestro trabajo.

MADAGASCAR, oficialmente **República de Madagascar**, es una nación insular situada en el océano Índico, frente la costa sudeste del continente africano, a la altura de Mozambique.

Conocida como la isla "roja" es la más grande de África y la cuarta más grande del mundo y está separada del continente por el canal de Mozambique, al oeste del país. Hay que destacar que antiguamente la isla estuvo unida al continente africano, del cual se separó. Este aislamiento, originado a raíz de la separación, ha propiciado la conservación en su territorio de multitud de especies únicas en el mundo.

Así, alberga el 58% de las especies de animales y plantas del mundo, del cual más del 80% son endémicas de Madagascar. Entre las más notables están los lemures, una infraorden de primates; el fossa carnívoro, tres familias endémicas de aves y seis especies endémicas de baobabs. Según WWF, Madagascar se encuentra en la lista de países megadiversos.

Pese a que la distancia de Madagascar al punto más cercano de África (Lumbo en Mozambique) es de 416 kms. Y que la distancia al punto más cercano de Indonesia (la isla de Siberut) está a más de 5.500 kilómetros, Madagascar fue colonizado por estos últimos antes que por los africanos. Por ello, los lugareños conservan rasgos asiáticos, costumbres típicas del sureste de Asia y una lengua del tronco malayo-polinesio.

Con ellos también llegaron sus animales domésticos, entre los que destaca el cebú, y poco después de su llegada se extinguieron varios animales endémicos de la isla, como el lémur gigante, el cerdo hormiguero de Madagascar y un hipopótamo pigmeo similar al que se encuentra actualmente en África occidental.

Posteriormente hubo migraciones bantúes desde el continente que se mezclaron con la población local, sobre todo en la parte este de la isla. A comienzos de la Edad Media llegaron los primeros comerciantes persas y hacia el año 1000, los árabes. Fruto de estas migraciones es la práctica del Islam en la parte norte de la isla.
Durante los dos siglos siguientes, Portugal, España, Gran Bretaña y Francia intentaron instalarse en la costa, pero fueron expulsados por la resistencia de los nativos, que a finales del siglo XVII se habían unificado bajo el reino de Imerina, con base en la meseta central.

Sin embargo la población local también sufrió, como muchos pueblos africanos, el comercio de esclavos. Así, a modo de ejemplo, esclavos malgaches fueron llevados por europeos al Virreinato del Perú, asentándose principalmente en la costa norte de dicho país en una zona conocida como Piura. Su vinculación con el Perú fue tan fuerte que contribuyeron a la cultura de este país creando formas musicales como el tondero, e incluso tuvieron influjo en el campo político pues el ex presidente peruano Luis Miguel Sánchez Cerro, que gobernó aquel país en el tercer decenio del siglo XX fue un "mangache".

Finalmente, los franceses consiguieron su propósito de construir bases comerciales en las costas malgaches, unas veces por la fuerza y otras diplomáticamente hasta finales del siglo XVIII. En 1895, Francia se anexionó la isla por completo, tras derrotar a la reina Ranavalona III.
En 1960 Madagascar se independizó totalmente de Francia y se instituyó una república bajo el gobierno de Philibert Tsiranana, líder del Partido Socialdemócrata.

En 1975 hubo un golpe de estado militar y en 1992 las presiones populares obligaron a designar un gobierno de transición a la democracia. Tras varias elecciones volvió al Gobierno el golpista Didier Ratsiraka que conservaría el poder hasta las elecciones presidenciales de diciembre de 2001, cuando tras unos resultados controvertidos, su rival, el hasta entonces alcalde de Antananarivo Marc Ravalomanana se declaró ganador por mayoría absoluta.

Desde la consolidación del poder por parte de Marc Ravalomanana, el país había conseguido alcanzar unas cotas muy altas de crecimiento económico, apoyado por ayudas muy cuantiosas de instituciones internacionales como el Banco Mundial.
En enero de 2009 comenzaron las protestas masivas y la violencia causó más de 170 víctimas. La "Alta Autoridad de la Transición" designó a Monja Roindefo como Primer Ministro, quién anunció la celebración de elecciones dentro de dos años y la modificación de la Constitución. En la atualidad, la Unión Europea, entre otras entidades internacionales, se ha negado a reconocer al nuevo gobierno.

Madagascar está dividido en seis provincias: Antananarivo, Antsiranana, Fianarantsoa, Mahajanga, Toamasina y Toleara.

WWF divide la isla de Madagascar en siete ecorregiones: Selva subhúmeda de Madagascar, en el centro; Selva de tierras bajas de Madagascar, en el este; Selva seca caducifolia de Madagascar, en el noroeste; Brezal de Madagascar, en cumbres más altas; Matorral espinoso de Madagascar, en el sur; Monte suculento de Madagascar, en el suroeste y Manglar de Madagascar, en varios enclaves de la costa oeste.

Debido a su geografía, el clima de Madagascar es altamente variable. Generalmente, Madagascar tiene dos estaciones: una caliente, estación lluviosa de Noviembre hasta Abril y más fresca y una estación seca de Mayo a Octubre.
La temperatura oscila entre una media de 29 grados de máxima anual y un mínimo de 20 grados, con lluvias que se reparten a lo largo de todo el año, siendo febrero el mes más lluvioso, mientras los meses menos lluviosos son agosto y septiembre.

La Costa Este es la parte más húmeda del país y por lo tanto el hogar de los bosques de la isla. Esta área es periódicamente golpeada por devastadoras tormentas tropicales y ciclones. Las tierras centrales con consideradas como más frías y secas, y donde se localiza la mayoría de la agricultura de la isla, especialmente arroz.

En la Costa Oeste predomina la vegetación de hoja caduca. Los árboles pierden sus hojas durante el 6° al 8° mes de la estación seca y cuando regresan las lluvias, esta forestación irrumpe en un mar de hojas brillantes y verdes. El sudeste de Madagascar tiene el clima más seco de la isla. Partes de ésta área pueden se consideradas desérticas en razón a sus escasas precipitaciones.

El norte del país, con el macizo de Tsaratanani que alcanza los 2876 mts de altitud, es la región más elevada. El oeste está dominado por una meseta que ve descendiendo hacia el mar. Al este, el macizo de Tsaratanana que llega a los 2886 mts en el monte Maromokotro. En el centro y sur las elevaciones principales son las del Ankaratra y Andrigitia.

En 2007, Madagascar contaba con una población de 19.448.000 habitantes. La población malgache es predominantemente una mezcla de origen polinesio y africano, siendo los rasgos polinesios predominantes en las personas que habitan en la parte central de la isla, los Merina (3 millones de personas) y los Betsileo (2 millones). Los habitantes de las costas son de origen africano, los Betsimisaraka (1,5 millones) y los Tsimihety y Sakalava (700.000 personas cada uno).

La mayor parte de la población sigue prácticas religiosas tradicionales, las cuales enfatizan los vínculos entre la vida y la muerte, en la creencia de que la muerte los une a sus ancestros en el rango de divinidad y que los ancestros están muy interesados en el destino de sus descendientes vivos.
Esta comunión espiritual es celebrada por los Merina y los Betsileo mediante la práctica del *famadihana* o «regreso de la muerte». En este ritual, los restos de los parientes son extraídos de la tumba familiar, envueltos en nuevos sudarios de seda y puestos nuevamente en la tumba siguiendo unas ceremonias festivas en su honor.
Cerca del 45% de la población es cristiana y la presencia tanto de la iglesia católica como protestante es muy significativa en el ámbito docente y asistencial, donde con frecuencia suple las carencias del gobierno.

El idioma de origen malayo-polinesio se habla en toda la isla. El francés, antiguo idioma colonial, está también muy extendido. El 68,9% de la población está alfabetizada. La esperanza de vida es de 62 años y el promedio de hijos por mujer es de 5,24.

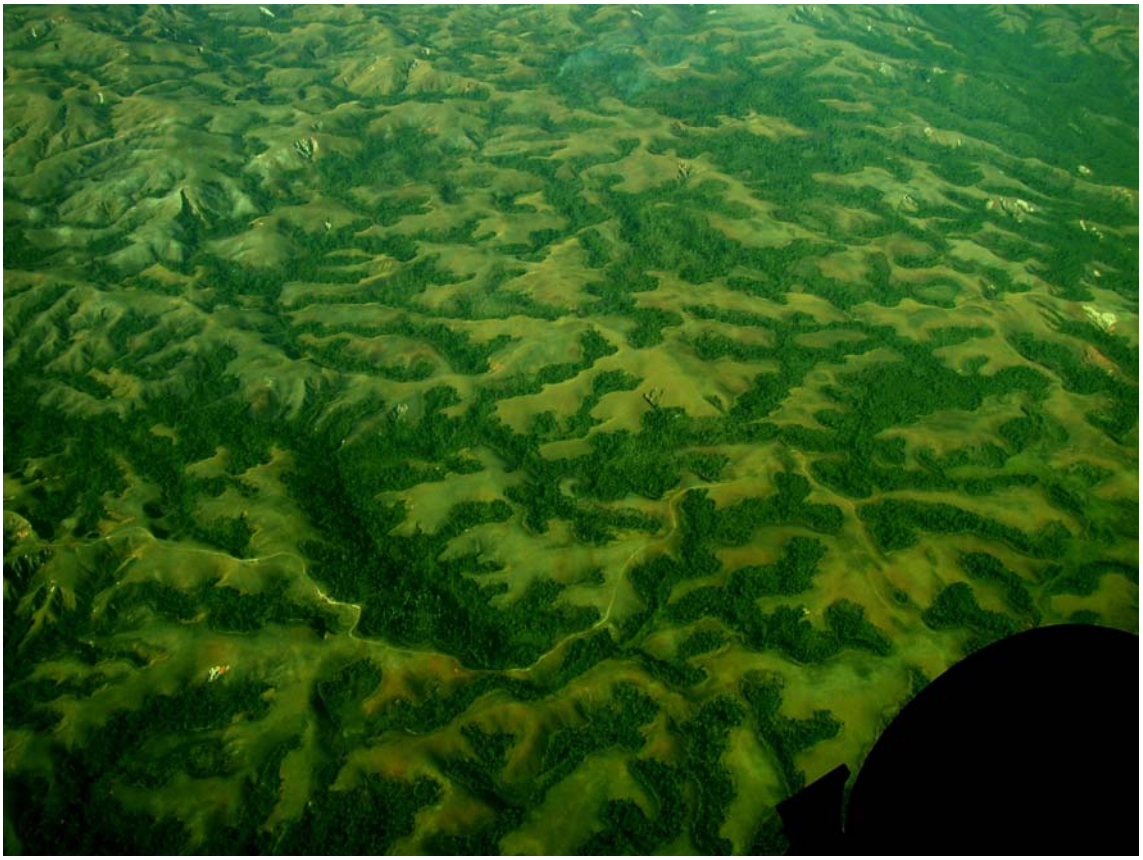
La agricultura, incluso pesca y silvicultura, es el pilar de la economía, suponiendo el 34 % del PBI y contribuyendo con más del 70 % en los ingresos por exportación.
Madagascar es el mercado de canela más grande de África y el principal productor mundial de vainilla, de excelente calidad. Existe una incipiente industrialización en la fabricación de tejidos y el procesamiento de productos agrícolas.

El crecimiento económico se ha visto frenado por los conflictos políticos, la reducción de la demanda de café a nivel mundial, y la falta de garantías por el compromiso errático del gobierno en la reforma económica.

Hay obstáculos importantes en el camino de la realización en Madagascar de su considerable potencial de crecimiento: el avance de las reformas del gobierno, además de la ayuda financiera e inversión extranjera serán claves determinantes para su desarrollo. El crecimiento debería estar en el rango del 62 % en el período 2015-18.

La diócesis de Tsiroanomandidy se encuentra situada en el centro del país, en la región de Antananarivo a unos 100 km. de la capital Antananarivo por una de las pocas rutas asfaltadas con las que cuenta el país pero de un trazado sinuoso que en un terreno aparentemente poco montañoso, sólo cuando se sobrevuela la región, puede comprenderse.

A vista de pájaro, esta zona del país asemeja la orografía de una playa donde se ha producido una brusca bajamar. A excepción de las estribaciones de los Tsyngui que dividen el país en dos de norte a sur, el paisaje lo conforman un sinfín de montículos con muy escasa vegetación, entre los cuáles quedan unas estrechas cuencas o valles, que recogen el agua de lluvia, y la conservan por su naturaleza arcillosa, convirtiéndose así en zona de bancales dedicados al cultivo del arroz, alimento por antonomasia, y las hortalizas. Ya más próximo a la costa el paisaje reverdece en masas forestales compactas de tamaño intermedio que semejan larguísimos dedos y donde viven algunas especies de lemures. En la desembocadura de los ríos en la línea costera resultan habituales los manglares en convivencia con los palmerales, como ocurre en Maintirano.



Esta orografía tan peculiar determina la posición de las aldeas sobre las lomas o montículos. Los valles se reservan para el cultivo prácticamente de autoconsumo, pues la actividad básica de la zona es la ganadería de cebúes de origen asiático, muy abundantes.

Los pastizales que cubren las lomas les sirven de alimento y se utilizan además como material tradicional de cobertura en las viviendas.
Resulta práctica habitual en la estación seca la quema de estas hierbas, en la creencia de que con la llegada de las lluvias se favorecerá el crecimiento de más y mejores pastos. Nada tiene de extraño, cuando en España, aunque prohibido, se siguen quemando rastrojeras y pastizales con idéntica creencia. Así desafortunadamente, en nuestra estancia ha sido muy habitual ver las llamas alzarse a gran altura incluso muy próximas a las aldeas y a la finca donde se lleva a cabo el proyecto que coloquialmente apodábamos “el rastrojo”. Esta práctica acaba empobreciendo los suelos que aparecen pelados y erosionados y se hace, a mi juicio, precisa una labor intensa de concienciación de la población local en este sentido además de la reforestación con especies autóctonas ya que, aunque incipiente, no es difícil ver eucaliptos en la zona.

La orografía determina además el trazado de caminos y carreteras, en su mayor parte pistas de tierra. Discurren por los puntos de contacto entre montículos, lo que las hace especialmente sinuosas, y salvan los desniveles de los ríos, sólo vadeables con garantía de éxito en la estación seca.

Estación que ha determinado la fecha de nuestro viaje y orografía que, dada la escasez de infraestructuras, ha supuesto un importante handicap a la hora de los desplazamientos interminables y heroicos por la cantidad de baches y obstáculos que jalonan los caminos.
Quizá podamos hacernos un poco más a la idea si pensamos que, por una carretera asfaltada de Tana a Tsidy, setenta kilómetros suponen cuatro horas o que el viaje desde Tsidy a Maintirano, ciento setenta kilómetros de distancia, dura unas dieciséis horas, dándose bien.

Antes de salir para Tsidy se hace imprescindible hacer compras de comida, bebida y artículos de limpieza porque el sector comercial allí al parecer no estar muy "desarrollado". Después de un desayuno frugal y con unas ojeras dignas de un lemur, tras conocer a nuestra intérprete Myora, auténtica alma de este viaje, emprendemos el periplo en taxi por las abarrotadas calles de Tana, repletas de gente en movimiento y puestos de todo tipo de cosas, fundamentalmente comida.

Los taxis merecen un comentario aparte. Un 2CV y otro vehículo, cuya marca no logro recordar pero que sin ningún género de dudas no han pasado revisión alguna, nos recogen. Las puertas, cuyo manejo sólo conoce el conductor, quedan herméticamente cerradas al subir. La chapa parece haber sido víctima de un sinfín de golpes, como aquel anuncio hindú, para recuperar el volumen de fábrica. La tapicería parece haber sido objeto de la ira del protagonista de Psicosis, a juzgar por lo que parecen cientos de navajazos.¡ Ahí es ná el sector del taxi¡.

Antes de invadir literalmente uno de los "super" de la ciudad nos detenemos en la zona del antiguo mercado en tiempos de la colonización francesa. Una serie de hermosos pabellones de ladrillo y madera, venidos muy a menos, donde se apiñan los puestos de tomates, arroz, pescado seco o en salazón, alubias y otros artículos, en medio de un universo de moscas.

Compramos unas mandarinas grandes, huecas y llenas de pipas aunque de excelente sabor y nos ponemos de camino a la "gran superficie", dejando atrás el comercio tradicional por miedo puro y duro a coger cualquier cosa. La vista del río y algunos arroyos, donde la gente lava y deposita todo tipo de basuras nos han desanimado en la compra de hortalizas. Unos días después en Tsidy, ya más relajados, no tendremos tantos reparos.

El super, poco más que uno de nuestros Día, está abarrotado de gente. Parece el desembarco de Normandía. Un montón de blancos recorriendo los pocos pasillos, ávidos de comprar todo tipo de cosas. Una hora después con más de 10 cajas y una factura de treinta centímetros de largo abandonamos el establecimiento, ante la mirada divertida de los malgaches. ¿Cómo conseguiremos ubicar en los dos todo terreno las tropecientas maletas y la macrocompra?.

Es un misterio digno de un jugador aventajado del Tetrix. Como los milagros existen, y más si cuentas con la intermediación del obispo, se logra colocar todo en el patio del obispado y emprendemos el viaje.

En el trayecto dejamos atrás varias aldeas todas iguales o muy parecidas con nombres verdaderamente impronunciables. Un número variable de chozas rectangulares colocadas sin orden aparente pero con orientación mayoritaria este-oeste. Su superficie en torno a veinticinco metros cuadrados, las paredes de barro o ladrillos y los tejados de paja. Unos días más tarde visitaremos una de ellas y más de cerca, comprobaremos que cuentan con unos rollizos hincados en la tierra que delimitan las esquinas y las jambas de los tres únicos vanos, una puerta y dos pequeñas ventanas. Entre ellos, como la urdimbre de un cesto, medias cañas que se recubren a ambas caras con barro. La cubierta está formada por rollizos de pequeña sección, mayoritariamente de madera de eucalipto o de acacia sobre los que asienta sencillamente la cobertura de paja, como en su día se construyeron con brezo los de las pallozas, en los Ancares leoneses.

Llama la atención en las aldeas, en una posición casi central, lo que pone de manifiesto su importancia, un círculo casi perfecto con un pequeño foso perimetral que alberga el ganado, mayoritariamente cebúes pero también alguna cabra.

Sin detenernos, echamos un ligero vistazo a las gentes que las habitan, ancianos bajo algún árbol, mujeres trabajando, niños jugando y múltiples puestos de venta además del inevitable encuentro, cuando no atropello, de pollos en la carretera. Así que la frase: Pascale,¡ cuidado con el pollo¡, se convertirá en un clásico de los viajes por carretera.

A la salida de una aldea paramos en uno de los puestos de venta de piñas en la carretera. Al parecer estamos en la región donde se cultivan y tras comprar una cuantas, emprendemos nuevamente viaje. La piña muy jugosa y dulce, aunque bastante más pequeña que las que conocemos de Costa Rica o Costa de Marfil, será parte de nuestro desayuno habitual desde entonces.

Aunque Gustavo nos había adelantado que comeríamos junto a un lago, su visión fue una magnífica sorpresa, tras un viaje por tierras secas y polvorientas. El verdor de sus orillas pobladas de plátanos y piñas, el intenso brillo plateado del agua y la quietud del lugar, donde apenas dos o tres barcas, casi canoas, faenaban lanzando las redes, hacían del lugar algo especial.

Comimos en un restaurante al aire libre, bajo una cubierta de paja, el primer pescado de Madagascar, fresquísimo porque esa mañana se había pescado allí mismo pero de textura y apariencia semejante a un torrezno. Es costumbre en África, al parecer para evitar parásitos, freir muchísimo el pescado de modo que pierde toda su textura y sabor. También por vez primera, probamos otros dos de los platos nacionales: la sopa de pollo y unos bricks u hojaldres finísimos de verduras y carne con abundante picante.

Seguimos viaje, después de comprar a unas adolescentes unas piedras volcánicas negras de hermosas formas redondeadas. Aunque llegamos a Tsidy al atardecer aún había bastante actividad a lo largo de la calle- carretera y sus aledaños, lo que nos permitió, aún suavemente, asomarnos al pulso, el color y el olor de África que te engancha y te aturde a un tiempo.

Tsidy con unos 30.000 habitantes es una ciudad de tamaño intermedio en el país y junto a la presencia de algunas cabañas tradicionales en la periferia, ya descritas, a lo largo de las calles se suceden los edificios de viviendas en dos plantas. Cuentan en su mayoría con un soportal en planta baja y una galería en la primera y están construidas con fábrica de ladrillo, revocada en ocasiones con vivos colores. Las balaustradas con celosías de madera o cerrajería y las cubiertas mayoritariamente de chapa, afortunadamente ya oxidadas lo que minimiza su impacto.

BUDUTIER

Por su aspecto, no podrían superar con éxito una inspección técnica. Las calles sin asfaltar, tienen aceras de hormigón prefabricado y en algunas de ellas existen canalizaciones laterales por donde discurrirá el agua en temporada de lluvias. Un sinfín de cables cruzan de un lado a otro las calles y una cabina telefónica y un novísimo cajero automático completan el mobiliario urbano.

Las referencias, en este urbanismo abigarrado, son las catedrales católica y protestante y curiosamente entre ellas, una vivienda particular de auténtico repertorio kitsch en tres alturas, que compite en color y complementos con la misma catedral que tiene enfrente. Pertenece, al parecer, a una familia de rápida fortuna, y durante nuestra estancia hemos sido testigos de la celebración de una fiesta nocturna iluminada generosamente, con música y un montón de invitados. Es un clásico que el tuerto en el país de los ciegos se lo haga saber a todo el mundo. La riqueza sin poder no es tanta riqueza y el poder ha de resultar evidente.

Nuevamente detrás de unas sencillas puertas metálicas se encuentra la sede del obispado, casi inadvertida si no fuera por la presencia imponente de la catedral con sus dos torres decoradas profusamente en colores ocre y blanco. Una explanada de tierra polvorienta, distribuye los distintos edificios. Una tierra de intenso color que da nombre a Madagascar “isla roja”, que encontraré en todas partes y que aún no he logrado quitar de mi calzado y mi ropa, pertinaz como el pueblo africano que lucha en el día a día por su supervivencia.

Accedemos a la residencia a través de la cocina. Una pequeña estancia en la que pasaremos mucho tiempo los próximos días y que da paso al patio que distribuye en planta baja y primera , a través de galerías como una corrala, las distintas dependencias, fundamentalmente dormitorios y baños además de una diminuta capilla.

Depositamos las cajas de comida sobre la mesa y subimos a las que serán nuestras habitaciones. La mía, de unos doce metros cuadrados y casi tres metros de altura, tiene el suelo de madera y una ventana con vistas a un taller de cerrajería que marcará, junto con las campanas de la catedral y el canto de los gallos, mi diario despertar. El mobiliario lo componen dos camas con sus cuatro listones de apoyo de las imprescindibles mosquiteras, un armario, un lavabo y un plato de ducha que tras el primer uso se convierte en una charca.

Dejamos el equipaje y tras un paso brevísimo por el baño, justificado en la urgencia de la necesidad y en su falta de limpieza, salimos a cenar al restaurante. Uno de los tres restaurantes de Tsidy, abierto recientemente por una mujer joven de aspecto decidido, y que nunca he visto con otra clientela que no fuéramos nosotros.

La mesa está muy bien presentada y la comida, desde los pequeños bricks de verduras y carne, al arroz, los espagueti, el pollo o la ensalada, ofrecen un magnífico aspecto y su sabor no le va a la zaga, a pesar de lo cual, temerosos de hipotéticos contagios, comemos con una actitud de un cierto envaramiento. Todos salvo Quique, nuestro fotógrafo, que curtido en muchos otros viajes de aventura considera la comida un inesperado privilegio y una exquisitez. Junto a su mujer, María, serán auténticos compañeros de viaje y su amistad y apoyo me compensarán de los sinsabores y decepciones que también he tenido.

Al día siguiente, tras pocas horas de sueño, además de las compras en Tsidy que tienen connotaciones bien distintas a las de Tana, iremos al “rastrojo. Aquí el mercado está que se cae y la mayor parte de los puestos están al aire libre a lo largo de las calles. Lo que en Tana fué una visión rápida aquí será lo cotidiano y hasta habitual. Los puestos de arroz, verduras y pescado plagados de moscas, como los de venta de sombreros o los cosetodo callejeros, están en manos de mujeres y con frecuencia debajo de los improvisados mostradores juegan o dormitan uno o varios niños.

Los hombres regentan en general los de venta de carne y los pequeños talleres porque mayoritariamente se dedican al pastoreo de cebúes. La agricultura y su venta, las tareas domésticas y el cuidado de la prole, como en todos sitios, están en manos de las mujeres. En la distribución de actividades por etnias, llama la atención que los comercios con local y una cierta entidad están en manos de chinos e hindúes.

Coca

Holcim

Los terrenos denominados por nuestros precedesores “el rastrojo” pertenecen al obispado y se sitúan a unos cuatro kilómetros. al norte de Tsidy. La finca, de planta irregular sensiblemente alargada, cuenta con un zócalo de granito como vallado de una altura aproximada de 0,50 m. a la espera, imagino, de colocar una cerrajería, malla o similar.

Limita en sus lados mayores con la carretera, a una cota ligeramente inferior que aquella, y con un fuerte desnivel al oeste que es la abertura de un pequeño valle entre colinas donde se sitúa el hermoso arrozal que Quique explorará más de una vez, con el objetivo de documentar la forma de vida tradicional. La parcela carece prácticamente de árboles a excepción de los brotes, incipientes aún tras haber sido quemado el pastizal, de papayas y mangos y algún eucalipto de poco porte.

Las obras de construcción, documentadas en algunas fotos anteriores a nuestra visita, están en marcha y se han ejecutado ya 4 viviendas, a falta de realizar las duchas que se prevén. Se halla en construcción una cuarta a media altura de las fábricas de cerramiento y se ha replanteado la quinta, delimitando la cimentación.

Frente a la solución proyectual de un edificio de residencia colectiva y otros de servicios y zonas comunes, a nuestro juicio, más económica e incentivadora de la cohesión social, se ha impuesto la vivienda individual, justificada en la idiosincrasia del país y en especial la de las jóvenes, reacias a asumir responsabilidades comunales.

El modelo de construcción que se sigue me es totalmente ajeno y responde al de unas viviendas bungalow para turistas que regenta un francés en otra localidad de la diócesis, que días más tarde tendré oportunidad de conocer.

El recorrido por las cuatro viviendas construidas es bastante desalentador. Sobre un zócalo de prismas de granito, muros construidos con fábrica de ladrillo, cocido en pequeños hornos de barro que jalonan las márgenes de las carreteras junto a los puestos de venta. Aparentemente carecen de enjarje en las esquinas y no cuentan con zuncho u otro elemento de atado en su coronación.

Los pilares del porche delantero parecen disponer de una cremallera que se abre a medida que ascienden las hiladas. Y ¡la cercha¡, la única cercha ejecutada en la primera de las viviendas, luego sustituida por otras piezas para la formación de cubiertas a tres aguas, un compendio de la ignorancia.

Las uniones a testa en mitad del vano sin refuerzo, la reducción de la escuadría a espesores de apenas centímetro y medio, los cortes a sentimiento sin técnica alguna, el atado con redondos y alambres, el apoyo directo sobre la fábrica confiando la sujeción a un buen pegote de mortero de cemento.

Todo pone de manifiesto la escasa o nula técnica constructiva con la madera que se verá ratificada en las distintas visitas a otros centros, en algunos de los cuales hemos confirmado la presencia divina, al haber evitado hasta ese momento el desplome de vigas o cerchas en condiciones más que precarias.

Esta comprobación, nos llevará a plantearnos como un objetivo de nuestra estancia la construcción de una cercha modelo de madera para las viviendas que resta construir y que se hará real apenas cinco días antes de nuestra partida, gracias a la inestimable participación de Jose, nuestro carpintero favorito y magnífico compañero, y al hambre de aprendizaje y voluntad de algunos jóvenes obreros como Jean o Serge.

La visita evidencia también otras carencias y problemas. Las tres últimas viviendas realizadas se han enfoscado, si puede denominarse así el recubrimiento dado, ya que cabría hablar con más propiedad de enarenado. La falta de cemento resulta visible y unos días después, cuando decidamos pintar la fachada, se hará evidente el arrastre del revestimiento con cada brochazo. Me propongo por ello, intentar hacer en obra una dosificación correcta de mortero para revestir pero al final, la falta de tiempo, hará que tan sólo pueda entregar a Gustavo una tabla de dosificación de morteros y hormigones para distintos usos que incluí en mi equipaje.

La cubierta de chapa como solución, también plantea sus problemas. Ahora, en invierno y estación seca, ya hace calor dentro por lo que en pleno verano no me lo puedo imaginar. Cierto es, que la cubierta tradicional de paja es menos durable y exige mayor conservación pero la chapa metálica carece de condiciones de aislamiento y suena horriblemente cuando llueve. Sin contar, con su agresivo impacto visual aunque gracias al tiempo, como hemos podido comprobar, los edificios pasan a integrarse en el color ocre rojizo de la tierra, por la fábrica de ladrillo y el óxido del metal de cubrición.

Poco podemos hacer ante la cubierta de chapa metálica, extendida como una plaga en la construcción del tercer mundo, y por ello nos planteamos tan sólo una mejora del aislamiento a través de una doble solución. De una parte, revestir la cara interior del entramado de rollizo de madera con yeso. Así, aumentamos el espesor y por tanto el aislamiento y mejoramos las condiciones higrométricas reduciendo la humedad por condensación. Al tiempo, dejaremos unas pequeñas aberturas protegidas con una malla en cerramientos enfrentados para favorecer la ventilación cruzada, reduciendo la temperatura en el interior de la vivienda. Nada complejo, pero bastante eficaz.

Un simple vistazo a la construcción de la quinta vivienda nos permite comprobar que la fábrica se ejecuta sobre un zócalo de unos 0,80 m. de altura total de los cuales apenas la mitad son el cimiento de hormigón en masa y el resto piezas prismáticas de granito recibidas con mortero de cemento. Las hiladas se reciben con barro, las esquinas no se enjarjan ni se traban y tampoco se dispone en la coronación de ningún zuncho de atado. Así las cosas, más pronto que tarde, podría abrirse la fábrica en las esquinas arruinando las viviendas.

Hemos sido advertidos por Gustavo del trato que hemos de dar al constructor, evitando la confrontación y reconociendo todo lo positivo al introducir nuestros comentarios con la mayor sutileza. ¡ No va a resultar nada fácil¡ El compendio de desaguisados es amplio y difícil encontrar motivos por los que felicitar.

El constructor es Jean de Dieu, conocido como Radedé una mezcla de tratamiento de respeto Ra y la contracción vulgarizada de su nombre. Trabaja con otros cinco operarios que en su mayor parte pertenecen a su familia: hijos, sobrinos...y que mayoritariamente son menores de edad. Se trata de un hombre de una cierta edad que por primera vez acomete la construcción de viviendas en su totalidad, ya que su experiencia profesional es de pequeñas reparaciones e intervenciones. Su lengua: el malgache, con nociones más que limitadas de francés, al igual que los que le acompañan.

¡Qué lejos de los ensayos, laboratorios y normas de la construcción¡.Aquí todo ha de ser simple, casi primitivo, dejando atrás las rigideces aprendidas y asumiendo un margen de riesgo razonable.

Otro caballo de batalla será la orientación de las viviendas. Las ejecutadas se orientan al este-oeste, al parecer siguiendo la tradición posiblemente vinculada a la muerte, ya que el pueblo malgache tiene a ese respecto tradiciones muy profundas y arraigadas, dignas de mención.

En primer lugar dar a conocer que no existen cementerios o lugares de enterramiento comunal. Los muertos reposarán en el lugar de procedencia, resultando habitual que junto a viviendas y caminos se sitúen panteones de piedra. Estos, asemejan depósitos de agua y que con frecuencia se rematan con el símbolo nacional del árbol del viajero, especie de pequeña palmera que debe su nombre a su capacidad de almacenar agua. Puesto que el lugar de la muerte no tiene porqué coincidir con el de origen o enterramiento, se hace necesario el traslado del cadáver condicionado a la temporada seca, de junio a octubre, lo que conlleva su conservación hasta esas fechas.

Para ello, los malgaches utilizan técnicas próximas a la momificación y mantienen el muerto en sus casas hasta la fecha del traslado y enterramiento que realizan en medio de una gran fiesta. Es también tradición que la muerte del cabeza de familia suponga la incineración de la vivienda lo que propicia una cultura de precariedad en la misma, al no valorarse socialmente su durabilidad.

La mejora en la orientación de las viviendas desde un punto de vista bioclimático norte-sur, hará necesario modificar la planimetría de ordenación para las viviendas restantes, logrando además con ello una mejor utilización de la superficie de parcela, reservando parte de su superficie para ampliaciones u otras actuaciones posteriores. No hemos de olvidar que al encontrarnos en el hemisferio sur la mejor orientación bioclimática no es el sur sino el norte.

El día no ha podido resultar más fructífero. Después de un recorrido en profundidad se impone establecer una estrategia para aprovechar al máximo el tiempo y los recursos de los que disponemos y lograr así el objetivo del viaje. Hacerse una composición de lugar no sólo del cometido de cada uno y del tiempo que puede llevarle. Creo que fue entonces cuando pensé por primera vez en la redacción de un pequeño manual práctico para este tipo de construcciones que propondré en breve a Arquitectos sin fronteras, no sólo para actuaciones posteriores sino para su difusión entre los alumnos de Arquitectura y otras ONG.

Aunque la programación de Gustavo para visitas es más que densa, y se nos espera en varios destinos con mucho interés, tengo claro que reduciré, si puedo, los eventos al mínimo si queremos sacar el trabajo adelante. Así se lo manifiesto a Koldo que me parece no ha calibrado suficientemente lo que tenemos entre manos y me recuerda la visita del día siguiente a las monjas congoleñas.

Otro día que tocan diana sin haber amanecido. Nos espera un largo viaje y oscurece pronto. Al alba nos ponemos en marcha, tras cargar los coches de todo tipo de cosas que Marta, la mujer de Koldo, ha preparado, después del total desparrame de artículos en la habitación de Jose el día anterior. Se la ve triste, tras la reciente muerte de su perro. En los días que siguen resulta evidente su búsqueda de la soledad. No volverá al "rastrojo" hasta la víspera de nuestra partida a Maintirano para entregar a los obreros las gorras y las sudaderas. Incluso ese día se retirará después de la entrega a un extremo de la parcela para contemplar en solitario la magnífica puesta de sol.

Compartirá con el grupo los viajes y las comidas, muchas de las cuales preparará, y el resto del tiempo evitará el contacto con los demás y lo dedicará a pintar y limpiar la capilla y los baños del obispado, infames antes de su intervención.
¡Qué distintos somos todos¡ ¡ qué complicado convivir¡

La forma en la que nos colocamos ese día en los todo terreno, revelaba ya las posiciones que cada uno había tomado en el grupo y me atrevería a decir que hasta sus intereses y afinidades.

Gustavo, el obispo, que conducía el de color blanco, iba acompañado por Koldo y Marta, los organizadores. A ellos se sumaban, Jose, amigo incondicional de Marta y María, única miembro real de Dhefi.

En el otro, Pascale nuestro conductor de carácter marcadamente malgache. Solo después de una semana de convivencia y en sintonía con la idiosincrasia local, nos enteramos de su profesión de ingeniero de la construcción ya que limitó su colaboración a aquello para lo que había sido contratado. Quique, fotógrafo profesional y miembro de Planeta Azul y Trotapáramus, que unía al viaje profesional el de bodas con María. Una mujer de rompe y rasga de hermosísimos ojos verdes. ¡Qué peligro¡

El cuarto miembro, Myora, una joven malgache de veintisiete años con funciones de acompañante, intérprete y chica para todo que Gustavo había puesto a nuestra disposición. A medida que avancen los días, se acumule el cansancio y se generen situaciones de tensión apreciaré el estado de estrés en el que se encuentra por intentar satisfacer las altísimas exigencias de Gustavo.

Me incluyo en este segundo grupo, sin ninguna relación personal de partida y por tanto libre para establecer relaciones. Estoy dispuesta a verlo y aprenderlo todo con una misión definida y muy concreta en la construcción de las viviendas, a diferencia del resto. Aunque en ocasiones me sentiré como una auténtica "voyeur" del comportamiento del grupo, en otras encontraré en algunos de sus miembros calor y compañerismo. En otros una estupidez y egoísmo que me agotarán.

Tres horas y media dando botes, casi saltos, en un asiento con otras dos personas no son precisamente motivo de alegría. Algún titubeo y error de Pascale al elegir en los cruces el camino correcto y la ultravelocidad que lleva el obispo, hacen que nuestro grupo, para recuperar tiempo, se quede sin las imprescindibles paradas para estirar las piernas. Cuando después de mil desniveles y revueltas, divisamos el convento de las monjas congoleñas, que parecen de verdad residir en el mismo Congo, a juzgar por la distancia, creo que jamás conseguiré caminar erguida. En la falda de un pequeño monte un edificio nuevo de tejados verdes de chapa nos da la bienvenida.

Tras los saludos de rigor, rápidos, muy rápidos, porque llegamos con retraso, pasamos a la capilla en la que se espera que el obispo celebre misa. Durante dos horas se suceden los rezos y los cantos. Las voces de aquellas mujeres, las notas de arpa de los chora, los sonidos graves de los bongos y la caña de semillas, el lento y cadencioso movimiento de sus manos, son el sonido e imagen mismos de la nostalgia, de la melancolía. Sin poder evitarlo, se deslizan las primeras lágrimas por mis mejillas, tibias y suaves como si quisieran limpiar mi mirada. Acuden a mi mente los rostros de aquellos a los que he dejado lejos y a los que extraño. Al tiempo, me invade una profunda alegría por haber seguido el camino, venciendo el miedo.

Tras la misa, una comida abundante y exquisita, en medio de un montón de cálidas sonrisas. Una última canción, la entrega de los regalos y las palabras de agradecimiento a los patrocinadores Koldo y Marta por su presencia y su ayuda.

Emprendemos el camino de regreso un poco tarde. Al cabo de una hora y media de viaje tras vadear un río nuestro todo terreno no puede subir una cuesta. El terreno en fuerte pendiente, liso y polvoriento, hace que patinen las ruedas. Pascale se empeña en repetir una y otra vez el itinerario a pesar de que le indicamos que lo intente por los laterales del camino, más compactos. Tras varios intentos, el coche comienza a echar humo. En lo alto de una colina, el todo terreno de Gustavo está parado a la espera de ver como se desarrollan los acontecimientos para al final acudir en nuestro auxilio.

Tras nuevos intentos fallidos, Gustavo abandona el camino por una pequeña bifurcación con menos pendiente hasta que logra incorporarse a aquel. Hemos perdido mucho tiempo y ya es seguro que viajaremos de noche. Habrá que tener cuidado con los ladrones que acechan los caminos. Cae la tarde y en el horizonte, una bellísima puesta de sol sobre el arrozal, de plata como un espejo. Gustavo ya no nos lleva tanta ventaja, pendiente de nosotros por si sufrimos algún percance.

Se detiene en medio del camino cuando un ruido ensordecedor de frotar de miles de élitros, nos alerta. Langostas, enormes, caen sobre el terreno. Nunca habíamos visto nada igual. En silencio, sobrecogidos y ya envueltos en la noche, continuamos el viaje. Durante casi tres horas cruzaremos silenciosas y oscuras aldeas y pararemos en cuatro controles policiales antes de llegar a la explanada amiga del obispado, totalmente extenuados.

Un nuevo día en Tsidy lleno de luz y colorido. Al abrir la puerta, esa docena de niños que habitualmente juegan en el recinto del obispado, atentos a nuestras salidas y al reparto de caramelos. Salimos de compras en busca de verduras y huevos para la comida y de pinturas, brochas y cubos para empezar a cambiar la triste imagen gris del enfoscado de una de las casas, que servirá de ejemplo a otras cuatro. Dos de las droguerías- ferretería, regentadas por hindúes, nos aprovisionan parcialmente ya que no encontramos tacos ni tornillos con rosca que necesitamos para los arreglos en el obispado.

En cambio, todo tipo de pinturas llenan los polvorientos anaqueles. Desde el minio de plomo al auténtico white spirit, pasando por esmaltes al disolvente de colores desvaídos y antiguos. Un auténtico compendio de lo que los fabricantes en nuestro mundo desarrollado retiran, de lo que nuestras autoridades sanitarias consideran nocivo. No nos preguntamos, no queremos saber a dónde va todo, no queremos mirar, es más fácil. Nuestro progreso, nuestro bienestar se fraguan en la desigualdad, en la consideración de que otros seres humanos merecen nuestros desechos mientras les robamos sus recursos.

Reflexiono sobre los objetivos de este viaje, ciertamente naïf en sus aspiraciones. La única ayuda, desde la justicia que no desde la caridad, es la transmisión de conocimientos, compartir lo último y mejor de lo que hemos descubierto. Sentarnos todos a la mesa sin cerrar la puerta para luego poder dar las sobras sin explicaciones. Mirar de frente, se lo debemos.

A falta de manual y por la premura de tiempo, se hace imprescindible la docencia in situ y a escala 1:1 por lo que decidimos actuar sólo sobre una de las viviendas. Por ello, con

algunas interrupciones en visitas a otros proyectos o actividades, nos desplegaremos los próximos días en el rastrojo.

Mientras los demás acudimos a diario al rastrojo, Marta asume la reparación y pintura de dos de los baños del obispado, previa limpieza general con ayuda de Jose que clavará además los peldaños de la escalera o sujetará la estantería de la cocina. Además, se ocupará casi siempre de las comidas que haremos en el obispado a excepción de algunas intervenciones mías con unas lentejas, pisto o pollo asado relleno.

En el rastrojo, Koldo inicia el encalado del interior de la vivienda mientras María y yo nos dedicamos al miniado de las carpinterías exteriores. Quique, sin directrices claras, emprende por su cuenta la filmación y fotografiado de lo que le parece de interés para su trabajo. Nada escapa a su mirada, desde el arrozal al mercado o la vida de la carretera. Mi colaboración con María es muy agradable, es una persona seria y cálida a un tiempo, que pone de su parte lo mejor en unas circunstancias que creo que por sí misma no hubiera elegido.

En los días que siguen, se establece una pequeña rutina con algunas gratas interrupciones. Conocemos a Chiara y Lucca que junto con otros dos franceses acuden invitados por Gustavo a comer uno de los días. Ellos, que llevan casi dos años en Madagascar, gestionan una pequeña quesería y un vivero de los que saldrán más de un rico queso de leche de vaca y cebú y los árboles que plantaremos en el rastrojo. Es una pena que su ONG por falta de recursos renuncie al proyecto en Tsiroanomandidy aunque o mucho me equivoco o Lucca se quedará pese a todo. ¡ Es un naúfrago¡

Visitaremos también una escuela de formación de jóvenes adolescentes y la emisora de radio, desde la que nos darán públicamente la bienvenida. En la escuela me llama la atención la fuerte personalidad y determinación de una monja malgache, una mujer grande y de rostro franco, que nos explica apasionadamente su lucha por rescatar a las adolescentes de la ignorancia y la dependencia, recogiéndolas una a una en sus propias aldeas. Tengo la impresión de que ella misma en algún momento fue rescatada en una de esas aldeas.

Nos acercaremos también al botiquín de la diócesis a entregar los medicamentos que hemos traído y completar así las escuálidas estanterías. Visitaremos el centro social que cuenta con una biblioteca estupenda y dos ordenadores desde los que se asoman los más jóvenes al mundo.

También la una nueva residencia, actualmente en construcción, donde comprobaré la ejecución disparatada de una escalera y la rotura por exceso de esbeltez de un pilar, más frecuente de lo que pudiera parecer.

No quiero olvidar nuestras pequeñas salidas nocturnas en las que la actividad y la vida de Tsidy, lejos de decaer se reaviva. Oculto ya el ardiente sol, desaparecen de las calles gradualmente los puestos de frutas, verduras, pescados y carne para dar paso, bajo la luz de pequeñas lámparas o velas, a los puestos humeantes de comida callejera.

Se fríen plátanos en pequeños infiernillos, se cocina el arroz o los bricks y se exponen cacahuetes, ensaladas y frutas. A la escasa luz de los puestos cobran más protagonismo, si cabe, los rostros de los malgaches, tan peculiares, como si de cuadros de Zurbarán se tratara.

Se hace necesario acudir al rastrojo mañana y tarde para poder sacar adelante el trabajo. Junto con Koldo y siguiendo la pauta de la visita de otros cooperantes, debemos replantear sobre el terreno las futuras construcciones. Cosa que no será fácil teniendo en cuenta los medios de los que disponemos: una cinta métrica de 50 m., estacas sin punta de ramas del terreno, restos de un bote de minio utilizado para proteger la carpintería metálica y un rollo de 25 m. de hilo de bramante procedente de un "chino" de Valladolid.

Quique, al tiempo que aprovecha cualquier oportunidad para obtener nuevo material fotográfico, se encarga de traer del vivero los árboles que Lucca nos ha ofrecido: mangos, lichis, papayos, pinos y baobabs. A medida que Koldo y yo, ayudados por Quique, vamos replanteando las nuevas alineaciones de las viviendas, el lavadero y la cocina comunales, Serge y Jean ayudados por Pascale, van haciendo los hoyos en la durísima tierra para plantar las distintas especies. Los mangos delimitarán las calles, los papayos y lichis crecerán en los patios de las viviendas, los pinos en el lindero con la carretera y los baobabs en la plaza, frente al edificio comunal. Cada uno de nosotros plantará su árbol a más de diez mil kilómetros de casa y pasará a la posteridad de la mano de Quique, encantado con esta actividad que asume como propia. Para algunos, será el primero cumpliendo así uno de los tres requisitos que al parecer justifican una vida.

Ya desde Valladolid estaba prevista esa visita a la costa, a Maintirano, no sólo para descansar y hacer un poco de turismo sino para visitar unas comunidades religiosas, contactar con algunas de las jóvenes que se beneficiarían del proyecto y valorar las expectativas turísticas de la zona. Esto último, era el papel de María, técnico de turismo además de decoradora de interiores.

El penoso viaje al convento de las monjas congoleñas nos había hecho a todos replantearnos el de Maintirano en coche. El tiempo estimado era de dieciséis horas para recorrer apenas ciento setenta kilómetros por un camino-carretera, en el que no hacía más de tres semanas había perdido la vida una religiosa.

Salvo cancelar el viaje sólo quedaba otra solución y era alquilar a la iglesia protestante una avioneta. Gustavo se había resistido desde el principio, acostumbrado como está a hacer enormes distancias en coche. Aunque había aflojado algo tras el último viaje, seguía pensando que el precio era muy caro y había encomendado a María las gestiones de distintas ofertas y sus condiciones, ya que tenía previsto que nos quedáramos en Maintirano dos días.

Myora, se ofreció a buscar la mejor oferta. Ella era testigo de algunas diferencias y tensiones y jugaba el difícil papel de oyente de todas las voces. Se hacía día a día más patente el grado de estrés que tenía en su intento de agradar a todo el mundo, bajo la atenta mirada de Gustavo, su juez último.

Paso la tarde en mi habitación. La excusa, y necesidad a un tiempo, de dibujar tanto los cambios en la ordenación de la parcela como la estructura de madera, me permiten encontrar la paz que necesito para reconciliarme con el grupo. Estoy enfadada, no puedo entender cual es el motivo por el que algunos han venido ¿que expectativas tenían?

Me sacan de mi ensimismamiento unos golpes en la puerta. De pronto me hago consciente de que se ha hecho de noche y quizá el grupo, de regreso ya del asilo, esté esperando a que les abra. En la puerta encuentro a Lucca que estaba a punto de irse. Había quedado con Koldo a las seis y aún no han venido.

Charlamos en la cocina sobre su decisión de venir a Madagascar y como cuando vuelve a su Italia natal se siente algo desplazado y está deseando volver a Tsiroanomandidy. Curioso como un psicólogo y sociólogo acaba regentando una fábrica artesanal de queso y un vivero a más de diez mil kilómetros de su casa y que ahí sea donde quiere estar.

Se abre la puerta y aparece todo el grupo ¡Ha sido un placer hablar con Lucca¡. Regresan silenciosos. La visión de los ancianos, alguno de ellos con lepra, les ha impresionado y entristecido. A María “ojos verdes” se la ve especialmente cansada. Parece desbordada por la situación.

Lucca se queda a cenar y prueba las famosas lentejas de la Armuña, lentichia, cocinadas la víspera, el resto con poca conversación un pisto. Terminada la cena, tras la sobremesa de café y dulces que Marta provee día tras día, despedimos a Lucca.

Después, siguiendo lo que ya se ha hecho norma, salimos al patio con nuestras sillas, como en una corrala a charlar bajo un firmamento en el que no hay hueco para una sola estrella más y entre ellas, esplendorosa, la Cruz del Sur.

Sé que añoraré este firmamento y las charlas distendidas y las risas con Quique y María, que sin duda son una terapia básica de supervivencia.

Otro día más me despiertan el taller de soldadura, los gallos y las campanas de la catedral por este orden. No son las cinco aún pero como otros días, en los pocos minutos que empleo en ir al baño adormilada, amanece. No me acostumbro a estos amaneceres y atardeceres exprés en los que el sol parece salir u ocultarse haciendo mutis detrás de un telón.

Aún con lamentaciones, quejas y dolores María comienza a hacer realidad su sueño estético de pintar las casas del color de la tierra utilizando unos de los tintes comprados en el bazar hindú. En realidad, serán María "ojos verdes" y Jose quienes le den un empujón a la pintura de las fachadas con intervención puntual de Koldo entre replanteo y replanteo y Quique entre video y foto.

¡ Manos a la obra¡ Tengo dibujada la cercha que Jose y yo construiremos y que quedará como modelo. No es mucho, pero junto con el replanteo de las viviendas, la plantación de árboles y las obras en una de las viviendas y en el obispado en algo contribuiremos, dejando nuestro granito de arena en este hermoso lugar.

Después de peregrinar con Jose y nuestro guía por los tres establecimientos que en Tsidy venden madera, en busca de piezas del máximo largo y escuadría, nuestro único botín son unos cuantos tablones de pino y eucalipto de unos 2 cm. de espesor y apenas 2,40 m. de largo que llegaran al rastrojo transportados en un viejo carromato unido a una bicicleta.

Con los mimbres de los que se dispone hay que fabricar el cesto y así reunimos las piezas más parecidas por tamaño y escuadría y les fuimos asignando su posición en la cercha: tirante, pares, pendolón..... Con una escuadra, un cartabón y la cinta que han viajado conmigo desde Valladolid, comienzo a dibujar sobre las piezas los encuentros y ensambles.

¡Qué útil¡ aquel curso que sobre estructuras de madera recibí de Héctor Scerbo unos años atrás en la Escuela de Arquitectura. Este genio apasionado de las estructuras de madera ha sido mi inspiración por su coherencia y economía. Sus piezas dobles con tablas de pequeño espesor y la unión de secciones simples mediante conectores de madera, a falta de conectores metálicos o bulones, han sido la solución que hemos adoptado en nuestra cercha modelo.

Mientras el lápiz trazaba el encuentro a media madera o en rayo de Júpiter, sentía la mirada atenta de los dos obreros más jóvenes: Jean y de Serge que pronto se ofrecieron voluntarios para relevar a Jose en el duro oficio del corte sin banco de trabajo y con herramienta manual de una madera, bastante húmeda por otra parte. Avanzaba la tarde.

A medida que las distintas piezas cobraban forma e íbamos presentándolas, la expectación crecía y todos los obreros, sin mediar palabra, ¡ para qué¡ si no nos íbamos a entender, comenzaron a mover las piezas buscando su ensamble y clavando las primeras puntas provisionales. En medio de tanta actividad, Jose y yo nos miramos y sonreímos. Estábamos agotados y totalmente felices. Había terminado una clase en la que todos éramos alumnos.

Terminamos nuestros días en el rastrojo de manera oficial con la entrega de camisetas, gorras, herramientas y una pequeña cantidad de dinero a Radedé y el resto de los obreros.

Solo ese motivo logró sacar a Marta del obispado. Volvimos caminando al obispado porque no cabíamos todos en el vehículo. En medio de una nube de mosquitos, primos hermanos creo yo de los que transmiten la malaria, avanzábamos Koldo, Quique, María "ojos verdes" y yo. Me sentía bien respirando el aire del atardecer mientras conversábamos y saludábamos aquí y allá a la cantidad de gente que a esa hora regresaba a Tsidy de los campos.

En los silencios, pensaba en lo mucho que añoraría más adelante la sencillez de los días en Madagascar. Cuando todo se complicara y la exigente y a veces absurda vida que vivía me atrapara de nuevo.

Llegamos tarde al obispado y todo estaba en silencio. Al poco apareció Myora y juntas decidimos que cocinaremos pollo, casi de despedida y sin previsión de otra cena. Mientras Quique y María, su mujer, como siempre se remangan para rellenar los pollos conmigo, Myora sale en busca de un horno microondas. Dejamos los pollos asándose y salimos a dar una vuelta a ver si encontramos al resto del grupo y hacemos unas compras. Cuando volvemos ¡oh sorpresa¡ no hay luz y por tanto no hay pollos. Un día más han cortado la luz y nos vemos obligadas a viajar con los pollos y el horno hasta el restaurante en el que cenamos el primer día, donde esperaremos pacientemente que se asen. A nuestro regreso, nos esperan todos en la cocina muertos de hambre, incluido Lucca. Tanto viaje y sobresalto les ha sentado bien a los pollos y damos cuenta de ellos en un santiamén.

Es nuestro último día en Tsidy y se respira una cierta tristeza a la hora del desayuno. A la tarde saldremos para Tana y hay que recoger. Al fin hemos reservado el avión hacia Maintirano y la salida está prevista a primera hora del día siguiente. Últimas coladas, preparación de equipaje y una providencial visita al rastrojo.

En ella, comprobaremos que nuestro replanteo no ha sido entendido y podría haber desaparecido a merced de pastores y cebúes sin que nadie lo hubiera echado de menos. A base de cuerda de bramante atada a las estacas y explicación a los más jóvenes, con ayuda de Pascale y el obispo, queda clara su utilidad para situar el resto de las viviendas y el edificio comunal. ¡Que bien hicimos en volver¡. Les recordamos también la necesidad de la ventilación cruzada en las viviendas para mitigar el calor y la de regar los árboles en tanto llega la estación de las lluvias. Quique y Koldo aprovechan además para hacer las entrevistas que se incluirán en un futuro video, entre las cuales está la mía ¡para el gasto¡.

Regresamos a Tana, nuestro último viaje de todo terreno por esos caminos de Dios, y salimos a cenar a un restaurante. María "ojos verdes" no reconoce ya la diferencia entre sus tobillos y el resto de la pierna. La inflamación y el dolor la han acompañado todo el viaje y los viajes en coche la acaban de rematar.

En la noche de Tana destacan algunos rótulos luminosos y entre ellos en pleno centro el Pili Pili que bien merece unas risas y una foto.

Con dificultad para mantener los ojos abiertos, cenamos pizzas y carne de cebú y volvemos al obispado a dormir las ya tradicionales cinco horas antes de partir a Maintirano. La incertidumbre del viaje en avioneta, el cansancio acumulado y la excitación de conocer un nuevo sitio no me dejan dormir y, apenas transpuesta, me sorprende el despertador de noche cerrada. Dejamos los equipajes en el obispado y con una mochila básica subo al coche que abriendo el día como la proa de un barco nos lleva al aeropuerto. Tras un desayuno continental, croissant incluido, nos dirigimos a la pista con más miedo que vergüenza.

En esta, una avioneta blanca y roja con buen aspecto aunque algo endeble desde nuestro punto de vista poco imparcial. Risas y bobadas evidencian nuestro nerviosismo hasta conocer a nuestro piloto Patrick pastor protestante de origen suizo, que, nunca con más propiedad por su país de origen, está como un queso.

Despegamos impecablemente y tras los primeros minutos de un silencio de ultratumba, surgen las risas y las bromas. María, a mi lado, no se encuentra bien y creo adivinar entre ella y Quique una cierta tensión. Me parece normal. Demasiadas novedades y penalidades para un viaje de novios, en especial para ella, menos acostumbrada como yo misma, a estos viajes aventura.

El vuelo me resulta fascinante. La luz es como polvo de oro y bajo nosotros algunos pequeños bancos de niebla ocultan parcialmente la visión de la tierra. A medida que avanza el día van desapareciendo dejando a la vista los extraños valles "dedo" que tanto me han impresionado y que comentaba al principio de este diario.

Entre los dedos rojizos de la tierra, arrozales y bosques forman un paisaje que nunca había visto y que es verdaderamente hermoso. Las palmeras, los manglares y el mar nos dan la bienvenida a Maintirano. Allí nos esperan los coches que nos llevarán a las residencias donde nos alojaremos.

Como siempre es el calor de la gente quien nos acoge. Desayunamos en la residencia de las monjas un magnífico bizcocho y zumo y mermelada caseros.¡ Un auténtico lujo¡ A continuación, a distribuirse. Tan solo Myora, María y yo nos quedaremos en la de las monjas, el resto en la de los curas bastante más deteriorada y sucia. Además yo recibo el privilegio inmerecido de no compartir habitación, lo que agradeceré enormemente pocas horas después.

Damos un corto paseo por el lugar, más pequeño y pobre que Maintirano. Veremos los primeros musulmanes del viaje y descubriremos el ingenio de los niños en la invención de juguetes con todo tipo de materiales desechados.

Aquí son más frecuentes los rostros de las mujeres con la crema amarillenta de baobab para protegerse del sol y son muchos los pequeños bazares donde vemos telas de hermosos dibujos que utilizan a modo de pareo.

Con la intención de llegar por la tarde hasta la playa y aprovechar nuestra estancia para hacer algunas compras, regresamos para una comida con los curas. Nada sorprendente, los ya habituales tomates rellenos, espagueti con carne, arroz y pescado megafrito. Esta vez, eso sí, acompañado de una curiosa ensalada de garbanzos en honor al origen castellano de Gustavo y de un riquísimo bizcocho de las monjas, aún caliente. Tras un poquito de descanso, emprendemos la exploración comercial.

Acabamos en un bazar hindú ¿como no¡ donde nos aprovisionamos compulsivamente de telas para pareos María “ojos verdes” y yo y en menor medida nuestra otra María. Por supuesto acompañadas de Quique que, cámara en ristre, aprovecha en el exterior nuestra enajenación transitoria y Myora, ¡queridísima Myora¡ amiga e intérprete única que transmite nuestros deseos a la dependienta y dueña, creo yo, del bazar. Mientras, Marta y Jose hace rato que se fueron a la playa y Koldo y Gustavo ¡quien sabe donde¡.

Después de contribuir a la mejora de las ventas en el sector textil, calle adelante nos dirigimos los tres a la playa. Tras una pequeña cuesta, la desembocadura del río en un manglar donde se apiñan varias cabañas de hoja de palma y un pequeño lago donde, en medio de risas, pescan unas mujeres. A continuación las palmeras dobladas por el viento y las sencillas barcas diseminadas en la arena, árboles huecos con un patín que evita su vuelco.

Nadie, no hay nadie en la playa salvo nosotros. A la luz del atardecer se hace difícil distinguir el contorno parduzco de las barcas en la arena. El sol desciende rápidamente hasta quedar como una pompa de fuego suspendida en la línea del horizonte. Apenas un minuto para fotografiar una de las playeras de Clara, mi sobrina, que han acompañado mi caminar en este viaje, cumpliendo así la promesa hecha en justa réplica a la que hice con las de María, su prima, en el Perito Moreno.

Se nos ha echado encima la noche en un momento y volvemos con prisa a la residencia. De camino surge el tema del alojamiento y María muestra su repulsa a la habitación que les han asignado en la residencia de los curas. Aún después de haber comprado una mosquitera, las celosías de fábrica sin malla no le ofrecen ninguna confianza, el baño ofrece un aspecto horrible. Está sucio, no funciona la cisterna y difícilmente se puede dejar un colchón en el suelo. Le propongo trasladar el colchón y dormir en mi habitación.

El límite de su paciencia hace días que se ha desbordado. Está agotada, se siente sucia, tienes ganas de llorar. Después de una buena ducha, María cambia el gesto. Se siente mejor, reconciliada con su cuerpo.

Cenamos en un restaurante local con los curas y seminaristas, un gentío. Nos salimos del guión habitual y tomamos prácticamente todos atun a la plancha excepto Quique que opta por el cebú. Está callado, no se encuentra bien, tiene fiebre. ¡Lo que faltaba¡

Tras un principio de noche de safari con mosquitos y cucaracha, nos acostamos juntas. Para mí su presencia esa noche cuando comience a vomitar y con colitis resultado de una intoxicación, será una auténtica bendición.

He agotado los cubos de agua de los tres servicios y salido en la noche una y otra vez a rellenarlos al bidón de la entrada. No puedo con mi vida. El dolor de estómago es insoportable y no me sujetan las piernas. Creo que tengo alguna décima y la cabeza me va a estallar. Todo el mundo se moviliza para cuidarme ¡que suerte¡.

María, a quién he dado una noche toledana, me provee de suero y analgésico. Las monjas de agua y té. Van desfilando por mi cuarto con sus mejores deseos todos mis compañeros de viaje que lamentan con la mejor intención, el haber entregado todos nuestros medicamentos en el dispensario de Tsidy.

Paso el día en la cama y solo me animo a levantarme a la tarde. Salgo al porche donde me arropan las monjas y al poco llegan las chicas que, como madres solteras, van a ser entrevistadas.

Los demás han pasado el día en la playa, donde han comido con el piloto, y después de compras. Koldo y María me ofrecen un paseo a la playa que, aunque cansado, me sienta bien y del que regresamos en un pusy-pusy. Cena de restaurante en la que tomo un poquito de arroz, recogida de enseres y al sobre.

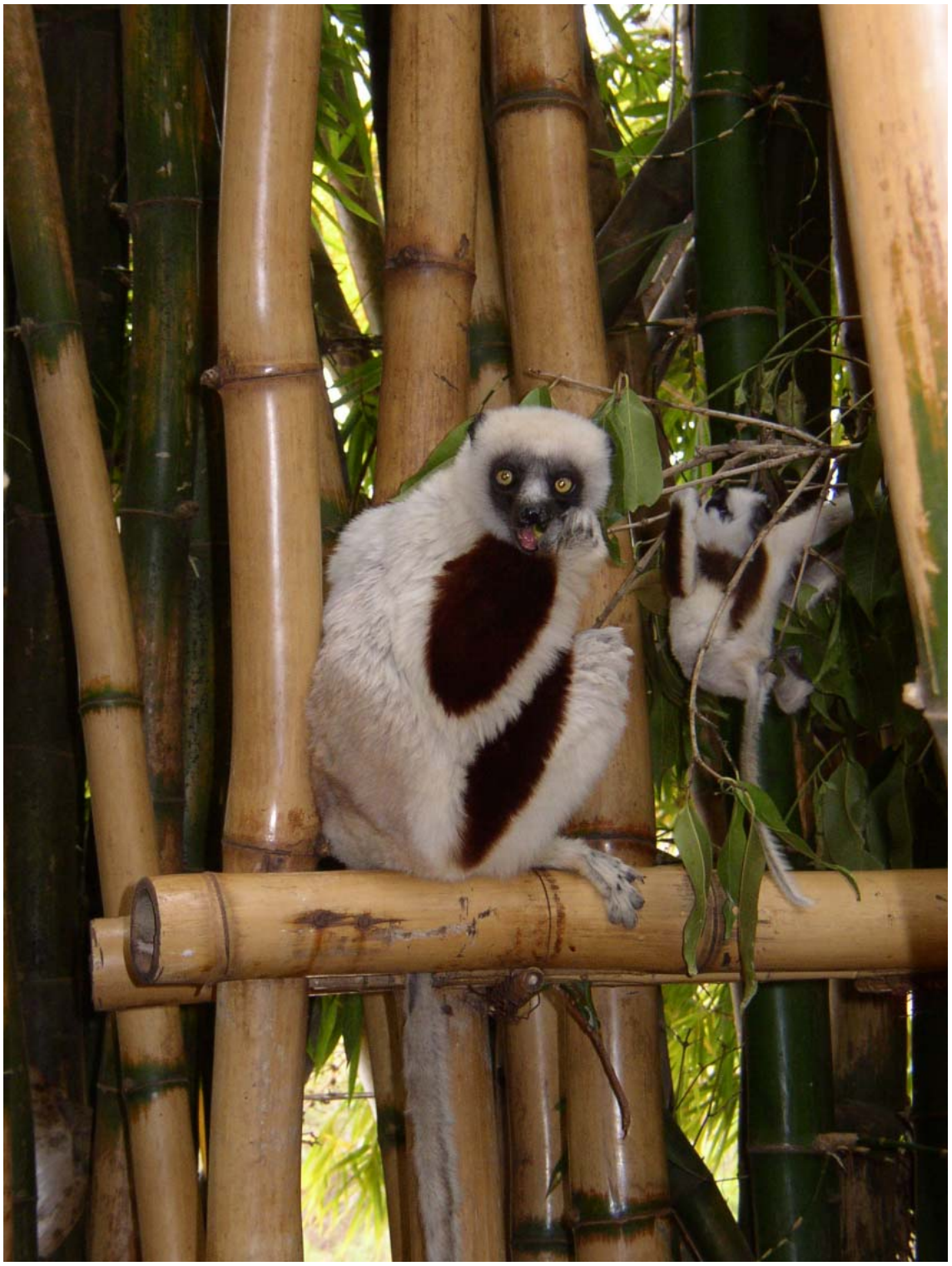
Otro madrugón, el enésimo, nos espera para volver a Tana.

El vuelo estupendo como el de ida. Una nueva oportunidad de surcar los cielos, una de las cosas que más me gustan. María “ojos verdes” destrozada.

Ha pasado la noche en la “suite” de la residencia de los curas y no ha pegado ojo intentando no atender al vuelo insistente de más de un anopheles y al canturreo de las salamandras.

Son apenas las diez y media de la mañana cuando aterrizamos en el aeropuerto de Tana sanos y salvos. Después de pagar, nos dirigimos a una cafetería, salón de té que más parece un puti club, donde desayunamos copiosamente. A continuación al obispado y desde allí al parque de los lemures, improvisada excursión que pretende resarcirnos de las penalidades de días pasados.

El parque, en los alrededores de Tana, está magníficamente montado en torno a un río y cuenta con una aldea en su interior. Cuenta con numerosas especies vegetales de la multitud que existen endémicamente en Madagascar y vemos en él varias especies de tortugas, camaleones y lemures, unos primates bastante singulares. Disfrutamos de la visita, relajados.



BAOBABS

Volvemos a Tana a comer nuevamente de restaurante donde lo hicimos en nuestra estancia anterior. Tras una comida interminable por la exasperante lentitud de los camareros salimos al atardecer al mercado artesanal de Tana.

A lo largo de un camino polvoriento, decenas de casetas de madera con puestos de todo tipo de artesanía. Desde sombreros, sandalias, cestos y bolsos de rafia hasta todo tipo de piedras talladas. Desde hermosos animales y figuras de madera a las amonitas de todos los tamaños, bellísimas.

Desde telas bordadas a réplicas perfectas de las embarcaciones de pesca. Todo es tan hermoso y tan barato que no sabemos a donde mirar, mientras los vendedores, a punto de cerrar, intentan ofrecernos sus productos mientras nos piden que fijemos nosotros el precio.

¡ Que difícil¡ Las últimas energías las destinamos a comprar casi corriendo de puesto en puesto. ¡ Pobre Myora¡ todos la requerimos con urgencia para que nos asesore y negocie nuestras compras.

Una última inyección de estrés a la persona que sin duda ha sufrido de forma más intensa el cúmulo de angustias y neuras de cada uno, en ocasiones con exigencias y con desplantes. Myora ha organizado, cocinado, comprado, fregado, lavado nuestra ropa y escuchado nuestras quejas y resulta que solo era nuestra intérprete. En más de una ocasión y por supuesto unos más que otros, hemos puesto sobre sus jóvenes hombros una pesada carga, sin consideración, ajenos a sus propias preocupaciones y miedos. Vaya desde aquí mi agradecimiento y mi cariño a esta niña-mujer. Que un día se vea tal y como es y no deje que nadie marque su camino.

Atravesamos la verja del obispado por última vez para recoger el equipaje, cenaremos cerca del aeropuerto antes de partir casi a las doce de la noche. Tras varios intentos infructuosos, acabamos en bar de alterne lleno de guiris y alguna malgache extraarreglada que resulta ser además un buen restaurante. Cena de altura para la despedida y nuevamente como en la oca en la casilla de salida, la cola interminable del control de pasaportes.

Acabo quedándome la última y cuando creo que ya dejo atrás semejante pesadilla me llaman por megafonía. Se ha roto la cremallera de mi maleta y es preciso enfundarla. Obstáculo superado pero aún queda otro. Un último control a pie de pista con cacheo y pase de detector. ¡Es increíble¡ ¿Para que han servido los anteriores? Me pregunto.

Cuando consigo situarme en mi asiento, con mi almohada cervical, semejante paraíso me parece increíble y en poco tiempo me quedo dormida.

Salvo las interrupciones de los refrigerios y el movimiento de unas turbulencias, nada consigue apartarme de mi camino, el del sueño. Así llegamos a Charles de Gaulle donde tomamos un café antes de volver a surcar los cielos rumbo a Madrid.
Llegamos a las tres y media de la tarde con una sensación de menor cansancio que en el viaje de ida. Mientras conseguimos dar con la salida donde nos espera Begoña que nos llevará a Valladolid, pienso en lo importante que ha sido este viaje para mí y me embarga a un tiempo la emoción de saber que en un suspiro podré abrazar a mi marido y a mi hija que me esperan en Panorama, desde donde salí hace ya trece días.

Un viaje corto y cada vez más mariposas en la tripa. Me voy despidiendo de mis compañeros de viaje en la certeza de que algunos de ellos formarán parte de mi vida en nuevas ocasiones. Veo la gasolinera donde me espera Miguel y de pronto me hago totalmente consciente de lo mucho que le he extrañado.

IZA